



Quarantine series #3

Ilustración por Álex Barros

Fide: Reflexiones Sociedad Civil (XI)

6 de mayo de 2020

Reflexiones desde la sociedad civil.

Tras el primer fin de semana de permisos para hacer deporte y pasear, retornamos a los días laborables con una sensación agrídulce, los test revelan niveles de inmunización colectiva inferiores a los esperados, recibimos noticias contradictorias acerca de las posibilidades de una vacuna rápida, leemos sobre restricciones diversas en cuanto a los viajes internacionales y la apertura de las fronteras, y finalmente, observamos la misma falta de entendimiento entre los responsables políticos. La culpa la tienen los otros.

Todo ello, como se refleja en las distintas aportaciones de esta entrega de las Reflexiones desde la sociedad civil, está calando profundamente en la conciencia de los ciudadanos, la inicial petición de respuestas empieza a convertirse en un clamor, la necesidad de que nuestros dirigentes, los responsables de los diferentes partidos políticos alcancen un consenso resulta de una evidencia cegadora para la sociedad civil.

Esta es plenamente consciente de la situación generada por el Covid 19, en sus distintos ámbitos, sanitario, económico y social. Y se ha puesto a su tarea, trabajar, ayudar, obedecer, respetar las reglas, cooperar en distintas formas, etc. Pero ahora reclama de manera insistente lo mismo de quienes recibieron el encargo de gobernar el país, las autonomías o los ayuntamientos.

No podemos volver a caer en errores ya descritos por muchos, démonos una oportunidad, y quien no sea capaz que deje el paso a otros. Los ciudadanos no quieren oír ya reproches, no quieren saber si unos dijeron y otros dejaron de decir, los ciudadanos quieren soluciones, y quieren soluciones consensuadas. Queremos medidas, mensajes y propuestas que nos ayuden a todos a saber que si arrimamos el hombro lo haremos todos en la misma dirección. Todos tienen buena voluntad para sacar el país adelante, pero solo hay una cosa segura, debe ser en la misma dirección.

Esto es lo que estamos haciendo todos en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras empresas, sabemos que es posible y por eso lo exigimos a todos los responsables políticos. Y repito si es más difícil de lo que pensaban, si esperaban tiempos más fáciles o para los que se requerían otras facultades o conocimientos, no pasa nada, que unos y otros den un paso atrás, que en cada partido, organización, etc, dejen paso a las personas que tengan las mejores habilidades para negociar, ceder, sumarse a un proyecto colectivo que lo requiere más que nunca, salir de la crisis lo antes y lo mejor posible.

Cristina Jiménez Savurido,
Presidente de Fide.
Madrid, 05/05/2020.-

Índice

1. 7 primeras ministras, las de mayor éxito contra la pandemia 4

José Manuel Otero Lastres 5

2. 45 días después 6

Francisco Uría 9

3. En busca de la unión perdida 10

Miguel Ángel Recio Crespo 12

4. El Leviatán 13

Hermenegildo Altozano, 15

5. El “retorno” a un mundo distinto 16

Silvia Pérez-Navarro, 17

6. Gandalf 18

Pedro Merino Baylos 19

7 primeras ministras, las de mayor éxito contra la pandemia

Circulan por Internet un audio y una imagen en las que se acredita que cuando está al frente del Gobierno de un país una mujer, la reacción contra la pandemia del coronavirus es más eficaz y, consecuentemente, más beneficiosa para la salud de la ciudadanía.

En la grabación de audio, se señala que de los 194 países que hay en el mundo, solo 10 tienen como primer ministro a una mujer. Y la imagen consiste en una foto de las siete primeras ministras de Alemania, Taiwan, Nueva Zelanda, Islandia, Finlandia, Noruega y Dinamarca. En la parte superior de la fotografía se dice: “Los países con mejor desempeño en la pandemia del coronavirus” y en la parte inferior, la leyenda “saquen sus conclusiones”.

Mi conclusión es que no creo que sea una casualidad, sino que en los países que tienen una clase política bien preparada las mujeres que llegan muy alto tienen una sobresaliente formación. Por lo general, las mujeres que triunfan en los distintos órdenes de la vida suelen coincidir en que, a las dificultades propias de la actividad en sí, han tenido que superar las derivadas del hecho de ser mujer.

Además de la capacitación política que puede alcanzar una mujer en los países como los siete reseñados, pienso que han influido en el éxito de su gestión también las diferencias que existen entre el hombre y la mujer en tanto que seres vivos. Aunque las más visibles son, tal vez, las morfológicas, las que presentan más interés, al menos para mí, son las que tienen que ver con su respectiva actitud ante la vida.

Si tuviera que elegir una sola palabra para describir cómo va el varón por la vida, escogería la de “ensimismado”. Pero no porque tienda a “sumirse o recogerse en la propia intimidad”, sino porque “se goza en sí mismo, se envanece, se engríe”. El hombre vive mirando para sí, como si fuera un pavo real, encantado de conocerse, y sin preocuparse grandemente de todo lo que lo rodea. Lo que cae fuera de sí mismo no atrae su interés, salvo que se trate de algo que tenga que ver con él.

En cambio, la mujer es, por encima de todo, observadora, mantiene constantemente una actitud vigilante sobre lo que sucede a su alrededor. Por eso, es sumamente perspicaz: con su mirada, aguda y de largo alcance, penetra con profundidad en el significado de lo que le rodea.

La consecuencia de todo ello es que la mujer no solo se entera de lo que sucede con bastante más antelación que el varón, sino que alcanza la madurez antes y en mayor grado que el varón. En definitiva, la mujer actúa con más prevención que el hombre.

Pues bien, en su obra “El arte de la prudencia”, y bajo el título “pensar por adelantado”, escribió Baltasar Gracián en 1647 “Pensar por adelantado: hoy para mañana e incluso para muchos días. La mayor fortuna se hace con horas de previsión. Para los prevenidos no hay malas contingencias, ni para los preparados hay aprietos. El razonamiento no debe retrasarse hasta la ocasión crítica sino que debe anticiparse. Con la madurez del pensamiento cuidadoso hay que prevenir el tiempo más riguroso...Algunos hacen y

después piensan; buscan excusas más que consecuencias. Otros no piensan ni antes ni después. Toda la vida debe consistir en pensar para acertar el rumbo. La prevención y el pensamiento cuidadoso son un buen recurso para vivir adelantado”. Estoy completamente de acuerdo con la reflexión de este sabio del siglo XVII. Es un magnífico consejo para actuar en la vida en general y, en política, debería ser una máxima de obligado cumplimiento.

José Manuel Otero Lastres,

Senior Advisor en Broseta Abogados.

Socio Fundador del Bufete Otero Lastres.

Catedrático de Derecho Mercantil de la Universidad de Alcalá de Henares.

Miembro del Consejo Académico de Fide.

Madrid, 29/04/2020.-

Publicado originalmente en el [diario ABC](#)

45 días después

1. Algo personal

Hace unos 45 días (más o menos) escribí un primer artículo compartido en este foro referido a los que me parecían los temas más importantes en aquel momento. Unas cuantas semanas después siento la necesidad de revisitarlo.

La verdad es que no dije nada de lo que me arrepienta ahora, lo que, dada la incertidumbre de aquellos primeros días, no es poco.

Empezaba con un recuerdo a las personas fallecidas y a sus familias, al que añadiría ahora a todos los que han sufrido (y mucho) como consecuencia de esta situación, y no sólo en términos de salud.

Recordaba también a los héroes de estas semanas, personal sanitario, cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, repartidores, empleados de los supermercados y establecimientos que han permanecido abiertos (incluidas las sucursales bancarias que han canalizado miles de moratorias hipotecarias y las imprescindibles líneas de liquidez a grandes empresas, PYMES y autónomos con el aval del ICO y a cuyos empleados nadie dedica un minuto de reconocimiento).

Una vez más en nuestra historia (y van demasiadas) necesitamos del heroísmo porque no tenemos otra cosa. ¡Qué solos dejamos siempre a los que nos defienden!

Si algo tuviera que decir transcurridos estos días es que en algunos aspectos me quedé corto porque nunca imaginé el enorme peaje en vidas humanas que se iba a cobrar esta situación. Tampoco me alcanzó la imaginación para darme cuenta de la soledad de esas muertes y la enorme tristeza de las familias por no poder acompañar a sus seres queridos. Debemos un homenaje a todas esas personas, especialmente a las de una generación con la que España tiene una deuda eterna.

Hacía un llamamiento en mi artículo a que fuéramos buenos ciudadanos. Me parecía y me sigue pareciendo, absolutamente imprescindible. Que quien no sea parte de la solución, no sea parte del problema. Que no molestemos y que tratemos de ayudar en lo que podamos a frenar los efectos de esta situación: que trabajemos con la mayor normalidad posible, que no despedamos a quienes trabajan para nosotros si podemos evitarlo, que no nos demos de baja de servicios que vayamos a utilizar en el futuro si podemos afrontar los pagos de las cuotas y, también, que no dejemos de ser solidarios. En definitiva, que no agravemos la factura que seguirá a todo esto.

Habrà habido comportamientos insolidarios, a mi juicio muy minoritarios y excesivamente destacados desde distintos ámbitos, pero una vez más los españoles han estado muy por encima de las estúpidas leyendas negras sobre indisciplina, ingobernabilidad y demás sandeces que nos han acompañado siempre. La inmensa mayoría de los españoles hemos atendido lo que se nos pedía estuviéramos o no de acuerdo con lo que se nos decía. Que conste.

Me ha preocupado y me sigue preocupando mucho todo lo relacionado con la preservación de nuestras libertades y privacidad. Estoy muy poco dispuesto a hacer concesiones en ambos ámbitos. Se ha publicado mucho en estas semanas sobre la futura sociedad que tendremos y suelen aparecer ideas relacionadas con limitaciones en ambos aspectos. Ocurrirá sólo si dejamos que ocurra y tenemos que utilizar todos los medios a nuestro alcance para que no sea así. No podemos dejar que los enemigos de la libertad se hagan ilusiones al respecto.

Por último, en lo más personal, me admira la facilidad con que nos hemos adaptado a esta nueva situación. Nunca pensé que durase (ni que vaya a durar) tanto ni que todo funcionaría como lo ha hecho. Este reconocimiento se extiende a todas las generaciones, por distintas razones ha sido duro para todos. Pero lo hemos sobrellevado, aunque personalmente no pueda entender por qué mañana dos de mayo podré salir a correr por todo Madrid y, en cambio, no podré ir a ver por fin a mis padres, que también viven aquí. Ya nos ocuparemos nosotros de no contagiarnos.

Tenemos una deuda importante con la tecnología y con quienes nos la hacen accesible. Pero no sólo es la tecnología. No han faltado alimentos ni productos en los establecimientos, ni prensa en los quioscos, ni ningún producto que hayamos podido necesitar. Las cadenas de suministro y de distribución han funcionado de forma ejemplar. Gracias, de nuevo, a las personas que lo han hecho posible. Sin ellos, todo hubiera sido mucho peor.

Y creo que, en general, y salvando a los héroes a los que me he referido antes y algunas otras excepciones, lo privado ha funcionado mejor que lo público y esto debería servirnos para recordar qué es lo que terminó sacándonos de la crisis anterior y seguramente también lo hará en la actual. Equivocarnos en esto nos costará la ruina colectiva.

2. Algo sobre la economía... y de política

No soy economista y no voy a dar ningún dato ni proyección económica. Fui muy pesimista desde el comienzo sobre los efectos económicos y sociales de esta situación y con el paso de los días lo soy todavía más.

Creo que estamos muy solos (con la sola excepción del Banco Central Europeo, a quien una vez más, tendremos que agradecerle que nos haya protegido de un escenario inimaginable) y que lo vamos a estar mucho más cuando se evidencie que, aunque todos vamos a sufrir mucho en el 2020, la situación va a ser muy diferente en el 2021.

Nuestras circunstancias específicas, a las que en algún momento me he referido como “la singularidad española”, nos lo han puesto más difícil que a otros.

Para empezar por la propia severidad de la crisis sanitaria y la extensión de las medidas de confinamiento y limitación de actividades.

Además, por la composición específica de nuestro PIB (en el que el turismo y los servicios

tienen el peso que todos conocemos), la estructura de nuestras empresas (con predominio de micro pymes con escasa capacidad de resistencia en una coyuntura adversa) y nuestro escaso margen fiscal.

Todo ello nos ha situado en una posición distinta a la de otros países, y, especialmente por el reducido margen fiscal, nuestra capacidad de respuesta a esta crisis ha sido limitada. Hemos tenido que pedirle más esfuerzo al sector privado que otros países porque, sencillamente, el sector público no podía hacerlo.

Admito, sin reparos, que parte de ello tiene su origen en la crisis anterior. En ella fue el sector público el que tuvo que rescatar al sector privado (sobre todo a la parte dañada del sector financiero) y eso explica parte de la situación actual...pero no toda. No hemos aprovechado como hubiéramos debido los años de crecimiento económico que hemos tenido.

Sigo teniendo la esperanza de que, al final, pueda alcanzarse un acuerdo europeo que nos ayude a sobrellevar este momento tan difícil, pero estoy convencido de que si es relevante no será incondicionado, aunque haya quien empiece a pensar que la posible condicionalidad no sería tan mala.

Preparémonos para unos meses (espero, con pocas esperanzas, que no años) muy difíciles. Tanto en términos de caída de PIB como de destrucción de empleo. Da igual el detalle de las cifras, no hemos conocido nada comparable y menos en tan poco tiempo. Necesitaremos mucha generosidad, esfuerzo y perspectiva de largo plazo para salir adelante y no veo nada de eso en ningún lugar de la política española.

España tenía grandes retos pendientes antes de esta crisis. Hubiéramos necesitado grandes acuerdos en materia de educación, transición digital, modernización de nuestra economía, aumento del tamaño y la competitividad de la PYME, reforma de administración (incluida la eterna reforma pendiente de la administración de justicia), sostenibilidad fiscal, financiación territorial en materia de pensiones. Y, desde luego, afrontar el reto territorial. Todo eso hubiera hecho imprescindibles acuerdos entre los partidos políticos, pero, a pesar de que en los últimos años han sobrado las oportunidades para que hubieran sido posibles esos grandes acuerdos, basados en la generosidad y en un entendimiento de las necesidades del país a largo plazo, no han tenido lugar ni tan siquiera en uno de los aspectos mencionados.

Añadimos ahora, sin duda, los acuerdos necesarios para afrontar esta situación y remediar los enormes efectos que van a producirse. Evidentemente, serán imprescindibles, pero no más de lo que lo eran los que acabo de mencionar, y no se produjeron.

La historia está llena de ejemplos de acuerdos y de iniciativas de ese tipo, pero, sin altura de miras y sin un proyecto compartido de lo que, en lo económico y en lo social, debe ser España, y que básicamente está ya recogido en nuestra Constitución, no será posible. Les confieso que, de nuevo, no soy optimista.

Por último, aprendamos de nuestros errores. Hemos estado como quien disfruta de un día soleado y mar tranquila en un bote que no tiene ni remos, ni velas ni timón. Aunque disfrutáramos del momento, si la mar o el tiempo cambiaban (y sabíamos que tarde o temprano lo harían), lo pasaríamos mal.

No se pueden pasar los años de bonanza sin aprovecharlos para aumentar el margen de maniobra de la política fiscal y la monetaria. Conste también que si la política monetaria se ha mantenido sin cambios en Europa desde la crisis pasada ha sido porque la política fiscal no ha hecho su trabajo, especialmente en algunos países. Ha sido un error y deberíamos aprender de él.

La diferencia de nuestra situación en el 2021 va a tener que ver, en parte, con ese peor punto de partida. Alemania y nosotros compartimos un pronóstico económico similar para este año, de acuerdo con las previsiones del Fondo Monetario Internacional (en torno a un ocho por ciento de caída de PIB, aunque me temo que nuestra caída terminará siendo superior, Banco de España dixit). Sin embargo, Alemania terminará el año con un pequeño déficit público que mantendrá intactas sus capacidades de todo tipo y nosotros, cabalgando sobre el déficit acumulado en años anteriores, acabaremos con unas cifras insostenibles...o sostenibles sólo gracias al Banco Central Europeo.

Por favor, España necesita que aprendamos de nuestros errores y no volvamos a cometerlos. Los españoles no merecen otra cosa.

Francisco Uría,
Socio principal de KPMG abogados.
Miembro del Consejo Académico de Fide.
Madrid, 01/05/2020.-

En busca de la unión perdida

La reconstrucción que debe iniciarse cuando el azote de la pandemia se haya reducido, requiere de ingredientes especiales en la sociedad española, diferentes a aquellos que caracterizaban el momento sano, polémico y complejo, existente antes del mes de marzo de 2020.

Entre esos ingredientes sociales debe imperar la razón por encima de los exacerbados sentimientos. Será necesario superar el dolor transitando por el duelo y dar paso lo antes posible a la satisfacción por el final de la tragedia, para superar la etapa vivida. Pero de manera inmediata hay que ponerse a trabajar y para ello se requieren medidas y planificación, adoptadas con frialdad de ánimo y con argumentos racionales que lideren la reconstrucción. Parece que la Unión Europea nos ayudará y debe encontrar un país decidido a recuperarse con ideas concretas de cómo hacerlo.

Otro ingrediente que se necesita es la unidad, porque constituye la base para sustentar una fuerza social extraordinaria que ahora se precisa. Estamos asistiendo, sin embargo, a una fuerte división en lo político que erróneamente se traslada a lo cotidiano y solivianta a una sociedad preocupada por su futuro. División es sinónimo de debilidad. Debemos trabajar todos juntos.

Aunque invocarla puede ser controvertido, se necesita también confianza, en particular en quien toma las decisiones. El gobierno se encuentra al mando por legitimidad democrática y bajo los parámetros de la Constitución que le otorga atribuciones y también límites. Es cierto que la soberbia y los errores en la gestión de la crisis no ayudan a generar confianza, pero es necesario dar una segunda oportunidad para la nueva etapa, con la vigilancia constructiva de la oposición.

Para la reconstrucción son necesarias fuertes dosis de esperanza porque es el mejor aliado para seguir adelante. También hay que añadir compañerismo, generosidad y sacrificio.

El profesor José Ignacio Ruiz me escribía: “Lo que nos puede unir [a los españoles] es la razón, que nos aleje de los sentimientos y que sea la base para comprender que ahora solo nos salvará la unidad.”

Un país como España puede salir a flote con todos los ingredientes mencionados. Es conveniente comenzar a descartar aquello que los impida aparecer.

¿Quién debe realizar el descarte de lo negativo? En primer lugar, cada uno de nosotros. Seamos críticos con nosotros mismos antes de serlo con los demás. Después debemos

influir positivamente en nuestro entorno. ¿Cómo? Mostrando el propio convencimiento de que aceptar aquellos ingredientes –razón, unidad, esperanza, generosidad, etc.- es lo mejor. No se trata de conformismo o de humillación ante las decisiones de otros. Se trata de cooperar y aplicar un sentido práctico para mostrar los elementos de la fortaleza de esta sociedad española. No debemos perder el tiempo en las debilidades. La cooperación ha servido para alcanzar grandes logros en nuestro país, las divisiones sólo sirvieron para enfrentamientos y guerras.

Hoy debemos cooperar con las autoridades sanitarias y sus decisiones, por el bien de todos. Podremos expresar nuestras inquietudes, elevar nuestras sugerencias... pero la visión global de toda la operación sólo la tienen unos pocos que ya están trabajando en soluciones. Es cierto que algunos parecen más preocupados por la imagen pública que por la eficacia, pero no siempre es así. Además ya habrá ocasión para las críticas y las evaluaciones, con datos objetivos e información. Incluso se podrán ejercitar acciones judiciales si hay sospecha de que se han cometido infracciones o delitos, pero antes hay que reconstruir el país.

Hace unos días acudí al servicio de Urgencias del Hospital Gregorio Marañón y allí escuché a un paciente gritar: “¡Socorro! Me quieren dormir. Yo no quiero”. Nadie se levantó de sus asientos para enfrentarse a los médicos. Todos confiamos en ellos. Y la unión en el silencio de todos los pacientes mostró esa confianza y ayudó a que el servicio sanitario continuara normalmente. Si aquellos médicos hubieran pedido ayuda para empujar la camilla o sujetar el gotero, habríamos colaborado sin dudar.

A los pacientes nos unía nuestra condición de tales y habríamos cooperado allí juntos, aunque cada uno fuera votante de un partido distinto, viviera en barrios dispares o tuviera una religión o una opción sexual o un nivel educativo, muy diferentes. Nadie creó una división, ni una alianza separada con otro que siguiera al mismo equipo de fútbol. Nadie preguntó si éramos creyentes, homosexuales, madrileños o parados. Y si alguien lo hubiera hecho y otro hubiera respondido, no habría supuesto nada, porque todos éramos iguales en algo: éramos pacientes esperando pruebas y medicinas. Nadie hubiera jaleado las diferencias.

Un líder de todos –cualquier médico del hospital- habría aprovechado nuestra unión y nuestra fuerza si se hubieran requerido para reconstruir algo. Aquel mismo espíritu debería imperar en todo el país.

Al salir del hospital, todavía admirado por la labor del personal sanitario, me crucé con un repartidor en su moto. Llevaba una bandera de España. Sentí que teníamos algo en común, como me había sucedido antes con los pacientes. Pensé entonces que millones de españoles teníamos en común un país y su cultura y eso debería ser suficiente para

movernos a trabajar juntos.

Sin embargo, recordé que algunos rechazan esa idea y su bandera. Me pregunté: ¿Habrá otro elemento de unión más absoluto? La respuesta era positiva. Sí. Ahora mismo es más fuerte y absoluta nuestra condición de personas vulnerables ante el virus. Me imaginé entonces una bandera blanca con una “P” pintada en el centro. La “P” de persona, de paciente ante el virus, de paciencia ante la adversidad, de paz... Todos la podríamos portar sin rechazo.

¿Tan difícil sería hacer de esa bandera blanca un símbolo de la unidad que ahora se necesita para salir adelante? ¿Tan difícil es contar con líderes capaces de trabajar cooperando con los demás? ¿Serán las fuerzas individuales y los grupos pequeños quienes ayuden a los más desfavorecidos y trabajen para reconstruir el país como sucedió en el levantamiento contra los franceses que hoy -2 de mayo- se conmemora?

Estos días ya se atienden a miles de personas que lo necesitan en parroquias, en Cáritas, en centros de asistencia social... Una unidad eficaz sería acudir a ellos en masa para colaborar y al mismo tiempo demandar desde allí al gobierno y sus opositores –internos y externos- que aprendan a gobernar las instituciones, mientras los ciudadanos reconstruimos el país con nuestras aportaciones individuales. ¡SUERTE A TODOS!

Miguel Ángel Recio Crespo,
Gestor cultural y escritor.
Administrador Civil del Estado.
Madrid, 02/05/2020.-

El Leviatán

"Los acontecimientos contemporáneos difieren de la Historia en que no reconocemos los resultados que producirán".

- Friedrich Von Hayek. Camino de Servidumbre.

Paul Johnson escribe en "Tiempos Modernos" que la Primera Guerra Mundial *"puso de manifiesto tanto la impresionante rapidez con que el Estado moderno podía expandirse como el insaciable apetito que desarrolló en consecuencia"*. A principios del siglo XX la actividad del estado representaba una media entre el 5 y 10 por ciento del PIB en los países de Europa. Cien años más tarde esa media se habría situado en el entorno del 40 por 100 sin que nada apunte a que las medidas sucesivas de intervención, adoptadas a menudo con el pretexto de *"corregir los excesos del mercado"* o *"primar el interés público"*, vayan a remitir en el corto plazo, antes al contrario.

Las grandes convulsiones históricas -las crisis profundas- presentan el denominador común de pretender fiar al estado la solución de todos los problemas. La fe en Dios la reemplaza otra fe religiosa en la omnipotencia de las estructuras del estado y las nuevas verdades reveladas pasan por hacer del intervencionismo un lenitivo en manos de los nuevos arúspices. Así la justificación de la lucha contra una pandemia (que tiene un regusto a los *"Comités de Salud Public"* de Danton y Robespierre) se traslada al Boletín Oficial del Estado en forma de *dictacts* y ucases travestidos de órdenes ministeriales que alteran –medidas coactivas de por medio- la ecuación del contrato social: el estado pasa de ser instrumento al servicio de los individuos para adquirir vida propia –el Leviatán- y justificar medidas de *"ingeniería social"* con que organizar las relaciones humanas. Ante el estado el individuo cede.

El *"interés común"*, el *"bien público"*, la *"salud pública"*, el *"orden público"* son mantras que los modernos aprendices de brujo invocan para conjurar cualquier atisbo de rebeldía. El que se mueva no sale en la foto. La vida convertida en una concesión administrativa. El estado en su función de extender certificados de buena ciudadanía y de inscribir el resultado del esfuerzo de los ciudadanos en su particular registro de la propiedad.

La modulación de las conductas por medio de la obediencia irrestricta es otro peldaño en el ascenso hacia la meta en el que no faltan entusiastas cooperadores necesarios que escudriñan las vidas ajenas desde los balcones y plagan de denuncias anónimas las centralitas de las fuerzas de policía. Las multas indiscriminadas y su publicidad en los telediarios contribuyen a la percepción de que las actividades ordinarias que no tengan el visto bueno del Leviatán son merecedoras no sólo de reproche social sino del

despliegue del aparato represivo del estado. La náusea que debería producir la escena de hace unos días en la que dos policías fornidos reducen y esposan en el suelo a una joven corredora cuya única infracción ha sido –parece– saltarse el confinamiento parece haber quedado confinada en los pasillos más estrechos de Twitter. Nunca fue popular la disidencia.

Tampoco falta el falso consenso fabricado en las cocinas de los muñidores de la opinión pública. Los "*buenos ciudadanos*" son los que obedecen todo cuanto se les dice. Los que salen a aplaudir a los balcones. Los insolidarios –los "*malos ciudadanos*"–, los que prefieren seguir dedicados a otros menesteres o deslizarse por derroteros menos sentimentales.

Sobre la modulación de las conductas individuales y sus manifestaciones colectivas, la intervención en la economía como justificación para afrontar con éxito la pandemia: propuestas de nacionalización de los medios de producción más o menos encubiertas y avances en la planificación económica centralizada y dirigida (precios máximos y racionamiento) con el pretexto de que "*nadie quede desatendido*" o de que "*esta crisis no la van a pagar los de siempre*".

En la esfera del Derecho muchas de las medidas que el estado de alarma pretexta han llegado para quedarse. Baste como muestra el control de las inversiones extranjeras. De un régimen de virtual liberalización se ha transitado por obra y gracias de dos decretos-leyes (el 8/2020 y el 11/2020) a otro donde la obligación de pasar por el fielato de la solicitud de autorización es casi la norma si atendemos a los sectores que quedan excluidos ahora del régimen de liberalización. El Decreto-ley 8/2020 justificaba la medida por el carácter coyuntural de la pandemia (nuevo art.7 bis apartado 6: "*la suspensión prevista en este artículo regirá hasta que se dicte Acuerdo de Consejo de Ministros por el que se determine su levantamiento*"). Pasado unos días el Decreto-ley 11/2020 –extraordinaria y urgente necesidad de por medio– borra la señal viscosa de esa muestra de debilidad regulatoria al modificar el nuevo art.7 bis doce días más tarde: "*se suprime el apartado 6 del artículo 7 bis*". La sombra alargada del estado de alarma (y sus inevitables ventajas para quien está al frente de la cosa) proyectada más allá de la circunstancia extraordinaria – "*afrontar la situación de emergencia sanitaria provocada por el coronavirus COVID-19*"– que lo justificó.

Lo malo es que suele ocurrir que la misma coacción institucional que está implícita en la acción del Leviatán provoca a menudo que sus destinatarios presten su adhesión voluntaria y mayoritaria a normas que condicionan y limitan vidas y haciendas sin que terminen de ser conscientes de lo que pierden ni de lo que dejan de ganar. Y sin que hagan nada, por tanto, para que el Leviatán y sus manifestaciones restrictivas de libertades y derechos individuales –que llegaron para quedarse– retrocedan.

Hermenegildo Altozano,
Socio responsable del área de energía y recursos naturales de Bird&Bird.
Miembro del Consejo Académico de Fide.
Madrid, 03/05/2020.-

El “retorno” a un mundo distinto

Ahora que nos han anunciado la “desescalada” hacia la vida que dejamos fuera de casa en marzo, se me agolpan las preguntas, me llegan los miedos y se me amontonan los propósitos.

Todos hablan de “el retorno” o “la salida”. Yo pienso en un no-retorno, porque imagino que la vida que me voy a encontrar no va a ser igual que como la dejamos antes de la declaración del Estado de Alarma. Para mí no es una salida, sino una entrada a lo que era nuestra vida antes del confinamiento. Me pregunto cómo se sentiría Alicia al salir del árbol en el que encontró el País de las Maravillas, y regresar al mundo del que había salido. La comparación no me surge por las Maravillas, evidentemente, sino por el mundo inesperado que la fantasía puede construir. En nuestro caso, no fue un mundo construido por la fantasía, pero creo que la mayoría de los ciudadanos tratamos de imaginar cómo sería el periodo de confinamiento, y probablemente, la mayoría no acertamos. Lo que ha quedado bastante claro es que la vida que dejamos fuera del árbol no será igual que la que encontremos, y que no nos quedará otro remedio que adaptarnos a ella, y a lo que venga después.

Mucho se ha escrito y hablado sobre cómo se adaptarán las organizaciones (empresas, despachos de abogados, instituciones y organismos) a la nueva forma de trabajar. La mayoría, de hecho, ya ha tenido que adaptarse casi de un día para otro a raíz del confinamiento en marzo. Además, casi todas están ya diseñando el regreso a la oficina o, cuando menos, un regreso parcial. Parece que el aumento del teletrabajo, eso sí, bien entendido, con las condiciones necesarias para rendir y organizarse de forma eficiente, ha venido para quedarse. Pero ¿cómo nos relacionaremos con nuestros compañeros de oficina, con nuestros clientes, con proveedores y demás colaboradores? ¿Cómo nos miraremos, si utilizamos mascarillas? ¿Aprenderemos a entender mejor la comunicación no verbal? ¿Habremos aprendido a entender mejor las necesidades nuestras y las del otro para mejorar nuestra comunicación? ¿Habremos aprendido a escuchar a los demás y a escucharnos a nosotros mismos?

Todo depende de lo que queramos aprender de este periodo de confinamiento y de la situación que nos golpeó como una bofetada en la cara. También depende de si decidimos (y lo hacemos) poner en práctica esos aprendizajes, con nuestro equipo, con nuestros compañeros, con los demás interlocutores en el entorno profesional, y, cómo no, con nuestra familia y con nuestros amigos, e, incluso, con desconocidos. Será importante, además, de qué forma hemos decidido vivir el confinamiento, y con qué propósito, tanto profesional como personal.

Además de la consolidación del teletrabajo y del incremento exponencial de las nuevas tecnologías en el ámbito profesional, tendremos que afrontar la comunicación con

personas que hayan sufrido situaciones imprevisibles, dolorosas, que habrán marcado sus vidas. Sería deseable atender a ese estado emocional de los demás sin enjuiciarles, para poder comprenderles y reflexionar antes de actuar o hablar. No olvidemos que trabajamos con personas, que lideramos personas iguales que nosotros. El líder que salga del árbol tendrá que estar, más que nunca, al servicio de su equipo y de su organización, en el camino a nuestras nuevas vidas.

Silvia Pérez-Navarro,
Head hunter, coach y abogado.
Madrid, 04/05/2020.-

Gandalf

Hay una escena que se me quedó grabada, de las muchas que hay en la laureada tercera parte cinematográfica del Señor de los Anillos de Peter Jackson, el Retorno del Rey. Esta escena me ha ayudado a superar momentos de zozobra e incertidumbre. En ella, la ciudadela de Minas Tirith, del reino de los hombres de Gondor y gobernada por el nefasto senescal Denethor II, se enfrenta al brutal asedio de las hordas de orcos enviadas por el Señor Oscuro Sauron. La ciudad parece perdida porque el senescal no tomó precauciones y no quiso pedir ayuda a sus vecinos del reino de Rohan por culpa de su soberbia, a pesar de que la invasión se veía venir. Y en el peor momento de la batalla, cuando parece que ya no hay esperanza, el hobbit Pipim (Peregrim Tuk), abatido, le dice al mago Gandalf que nunca pensó en ese final. El rostro de Pipim es un poema de desesperanza. Pero Gandalf le responde sorprendido “¿final? El viaje no concluye aquí. La muerte es otro sendero que recorreremos todos. El velo gris de este mundo se levanta y todo se convierte en plateado cristal. Es entonces cuando se ve la blanca orilla, y más allá la inmensa campiña verde tendida ante un fugaz amanecer”. Estas palabras cambian el rostro y levantan el ánimo de Pipim que responde “Bueno, eso no está mal”. “No” asiente Gandalf con una sonrisa. Ya sabemos cómo acaba la historia. Los orcos son derrotados porque Gandalf había ideado un plan días atrás, en el que desobedeciendo las órdenes del senescal logró pedir auxilio a Rohan, cuyo ejército llega en el momento oportuno para liberar la ciudadela. Los buenos ganan a los malos. El bien se impone sobre el mal. Debería ser siempre así en la vida real.

El caso es que me siento como Pipim estos días. Seguro que muchos españoles se sienten igual. Nuestras ciudades están asediadas por una horda de coronavirus, pero busco a Gandalf y solo encuentro al infausto senescal. Cuando Minas Tirith necesitaba disciplina, orden y concierto para enfrentar al enemigo, Denethor II decide suicidarse arrastrando a su locura a su hijo Faramir que está moribundo, herido de gravedad en una carga insensata, ordenada por su padre, contra los orcos, pues eran pocos y estaban desprotegidos en campo abierto. El gobernante ordena levantar una pira y embadurnarle a él y a su hijo de óleo para que les prendan fuego. Pero en esto que irrumpe Gandalf y consigue liberar a Faramir de morir en la hoguera. El destino es otro para el senescal que había perdido el juicio, pues se precipita envuelto en llamas desde las almenaras.

Miro con envidia fuera de España que en algunos lugares gobierna Gandalf. Pero no son hombres los que se le parecen, sino mujeres. Miro con envidia rincones del mundo cuyos regentes son mujeres y han contenido a los orcos con previsión y buen juicio. Miro a otros lados que, como España, tienen sus ciudades asediadas y observo muchos senescales arrogantes y soberbios que se gustan demasiado mirándose al espejo y

escuchando su voz mientras se cuentan por miles los habitantes de sus ciudades y sus defensores que causan baja. Sería de agradecer que nuestros senescales hiciesen autocrítica, en especial el que dirige nuestro país. No pido que se inmolen como Denethor II en la película, sino que auditen en su conciencia lo que han hecho y cómo lo han hecho, porque si hiciesen este ejercicio y hubiese honestidad en su ser (no sé si es mucho pedir), dejarían paso a otros, en especial a mujeres, para que gestionasen la crisis. Deberían dejarse guiar por las lecciones aprendidas en otros países donde ellas han sido Gandalf. Nos protegerían mejor y con mayor sentido común. Llegarían a acuerdos con adversarios políticos que parecen inalcanzables para ellos. *“Bueno, no está tan mal”*.

Pedro Merino Baylos,

Socio de Baylos.

Madrid, 05/05/2020.-
